

EL DEVENIR “NARCOLITERARIO” DEL CONO SUR

Sobre Ainhoa Vásquez Mejías. *Narcocultura. Masculinidad precaria, violencia y espectáculo*. Santiago de Chile: Paidós, 2024, pp. 192

Lucía Battista Lo Bianco
Universidad de Buenos Aires
luciabattlo@gmail.com

El reciente libro de la investigadora chilena Ainhoa Vásquez Mejías se suma a la profusa producción ensayística sobre la mentada “narcoliteratura” escrita en América Latina desde comienzos de siglo. La publicación trae consigo algunas marcas distintivas: por un lado, incorpora teóricamente la perspectiva de género al análisis sobre el “narcomundo” y especialmente de las masculinidades que lo habitan, en línea con la interpretación ofrecida por el conocido ensayo *Capitalismo gore* (2010) de la filósofa Sayak Valencia. Por otro lado, el libro propone además un análisis de la deriva “narco” en el Cono Sur, especialmente repara en la realidad chilena de los últimos años, que da cuenta de un recrudecimiento de la violencia en las barriadas de Santiago. Este último punto reviste relativa novedad respecto de la producción cultural en torno al mundo “narco” que usualmente ha estado referida a las realidades colombianas y mexicanas. Dicha línea de investigación del fenómeno del narcotráfico y sus manifestaciones culturales en los países del Cono Sur ya había sido señalada como tendencia en el campo de los estudios latinoamericanos en una publicación del año 2021, realizada por el equipo que la autora coordina junto a

otros colegas latinoamericanos, intitulado *Narcotransmisiones. Neoliberalismo e hiperconsumo en la era del #narcopop* (Colegio de Chihuahua, 2021).

Continuando entonces su reflexión sobre la materia, el reciente ensayo de Vásquez Mejías consta de tres capítulos, “El espectáculo de la narcovirilidad”, “Prácticas y ritos en la narcocultura” y “Vulnerabilidades y fugas en un narcomundo de machos”, precedidos por una introducción en la cual se sintetizan las premisas del análisis. A saber: la espectacularización de la violencia del “narco” radica en la fragilidad de las masculinidades que la ejercen, esos varones precarios –vulnerables y marginalizados, en términos de la autora– necesitan de la constante afirmación identitaria del estereotipo de “macho violento” porque no están seguros de serlo. Dichas performances de género sobregiran la masculinidad –exacerbando sus rasgos estereotípicos– y garantizan una homosociabilidad a través de la violencia (la conocida cofradía de varones, pero, en este caso, armados). En consecuencia, este espectáculo de performatividad identitaria –en tanto dispositivo sexogenérico– necesitaría de un público consumidor para ser validado; he ahí la precisión que la autora busca para el concepto de “narcocultura” (comúnmente utilizado en el periodismo y la academia, pero pocas veces explicado). Así, Vásquez Mejías profundiza y hace una distinción entre las nociones de “narcocultura”, “narcoficciones” y “narconarrativas”, generalmente consideradas de manera indistinta, equivalente o contradictoriamente, según la perspectiva crítica. Define a las primeras como el modo de vida “narco” verdaderamente

existente en la realidad actual; a las segundas, como artificios estéticos producidos por agentes externos al “narcomundo” y, por último, las “narconarrativas” estarían ubicadas en un espacio intermedio entre la *ficción sobre* y la *cultura de*. Se trata, según la investigadora, de esa argamasa de producción documental, periodística o ensayística que buscaría desentrañar un campo plagado de significación y, por ello, establecería un pacto más directo con la referencialidad. Menciona así a su propio libro como una “narconarrativa sobre la narcocultura, que enfatiza en la expresión de esta masculinidad hiperviolenta de machos en precario” (p. 21).

En la primera parte del libro, la más importante en tanto desarrollo de la novedad del análisis, Vásquez Mejías se centra en el cambio de perfil de los agentes del narcotráfico en el nuevo milenio, su imbricación profunda con el estereotipo de masculinidad al cual pugnan por pertenecer y los usos de las nuevas tecnologías de comunicación como medio para ello. Señala que, si durante los años 60 y 70 del siglo pasado, el bajo perfil de los “narcos” era valioso para sostenerse y progresar en el negocio ilegal, hoy esa premisa habría sufrido un cambio rotundo. Por el contrario, la ostentación del dinero, la lógica del consumo fastuoso, el despliegue de escenas públicas hiperviolentas para infundir temor (en tanto valores de la “hombría”), que luego son viralizadas en redes sociales, hoy son los rasgos predominantes de estos sujetos protagonistas de la “narcocultura”. Así fue su aparición en la vida social y mediática chilena, durante la pandemia de COVID-19, cuando en la capital, un grupo de jóvenes delincuentes, armados y con los rostros cubiertos, montó una escena de violento

exhibicionismo, con disparos al aire y amenazas a sus enemigos, a través del depósito de una corona de flores fuera de la casa de un vecino en la comuna Lo Espejo. Performance que extendió el terror y el mensaje intimidatorio mediante su difusión en redes sociales, aunque también les valió cárcel a algunos de ellos.

Este tipo de prácticas públicas violentas, novedosas en los países del Cono Sur, no lo son hace rato en la escena mexicana. La autora repara en el caso del Blog del Narco, plataforma de difusión de videos de asesinatos, torturas y masacres, que de emerger como una suerte de espacio digital para dar voz al contrarrelato oficial, acabó siendo capturado por los delincuentes. Esta captura amplificó a su vez la violencia y el mensaje de terror, con un masivo alcance para el año 2010 durante el sexenio del presidente Felipe Calderón, en plena “guerra contra las drogas”.

En este sentido, el ensayo repara en la configuración de las masculinidades contemporáneas, y puntualiza en un aspecto recurrente en los estudios sobre el fenómeno del narcotráfico desde un punto de vista cultural: el ida y vuelta entre realidad y ficción. Es decir, la difusión –a través de la industria cultural– de un *tipo social “narco”* como estereotipo deseable de lo masculino, al cual generalmente los varones jóvenes, pobres y marginalizados aspiran a pertenecer. En el campo de estudios sobre narcotráfico y cultura, es un lugar común señalar que este fenómeno no es nuevo; ya para 1994 Carlos Monsiváis señalaba: “No éramos así hasta que distorsionaron nuestra imagen, y entonces ya fuimos así porque ni modo de hacer quedar mal a la pantalla” (2009, p. 131). Por ello, Vásquez Mejías historiza este proceso y señala que los medios para la constitución de este

imaginario apologético fueron antes los narcocorridos, luego las películas de cine clase B, seguidas por las series televisivas, fenómeno que actualmente se ha profundizado mediante el uso masivo y constante de redes sociales como Instagram o Tiktok. Según la autora, esta problemática escala a niveles tales que incluso quienes no son delincuentes, hacen la performance de serlo. Hoy en día, en definitiva, ser “narco” habría pasado a ser algo *cool* y estaría de moda. Para muestra, el ensayo repara en el fenómeno musical del Movimiento Alterado, los llamados “corridos alucines”, el *narcotrap* chileno o colombiano y, a una escala mucho más masiva y *mainstream*, la difusión de los corridos tumbados o bélicos, con representantes de alcance internacional como el joven cantante Peso Pluma.

Cabe destacar que, el análisis de Vásquez Mejías pone en contexto este proceso cultural al señalar que el telón de fondo sobre el que se monta esta espectacularización de la violencia es el de un verdadero *juvenicidio* cometido, al menos en México, por el propio Estado. Son innumerables las masacres o asesinatos de jóvenes morenos pobres para los cuales el Estado, desde Calderón en adelante, ofreció centralmente un relato: “algo habrán hecho”, es decir, palabras más, palabras menos, *los matamos por narcos*. Cuando esas mentiras flagrantes se vinieron abajo, la justificación estatal que se propagó en la prensa como “verdad histórica” fue la de los *daños colaterales*. La autora menciona, entre otros, dos casos paradigmáticos: durante el sexenio de Calderón (2006-2012), la masacre de Villas de Salvárcar (2010) en Ciudad Juárez y bajo el gobierno de Enrique Peña Nieto (2012-2018), el de los 43 normalistas de Ayotzinapa (2014) en el Estado de Guerrero. Sin embargo, tristemente

abundan en la realidad mexicana este tipo de casos de desaparición forzada de jóvenes, que hoy día ya son verdaderos monumentos a la impunidad; cuerpos y vidas cegadas, criminalizados por “verdades históricas” que no son más que francas ficciones oficiales, sujetos-objetos fácilmente sacrificiales a los ojos estatales (según Vásquez Mejías, el 42% de los desaparecidos tiene entre 14 y 29 años en México, cifra masivamente constatada por otros especialistas). Como contraste con esta realidad mortuoria, la autora lee la emergencia del fenómeno de los jóvenes que aspiran a volverse públicos a través de la “narcocultura”. Señala que habría una apropiación del discurso oficial (*todos son narcos, se los puede matar impunemente*) para subvertirlo y dotar de sentido a vidas condenadas a la precariedad presente y futura. Pareciera que los guiara una racionalidad que podría ser sintetizada de la siguiente manera:*si ante el Estado seremos narcos aún sin efectivamente serlo, al menos hagamos uso de esa estética para encontrar un espacio de enunciación social en el que nuestras vidas importen (aunque más no sea para consumo morboso y fetichizado), somos tan machos que podríamos hasta incluso ser narcos reales; hay aquí un futuro posible, antes que víctimas seremos victimarios.* Así, la especialista pone en relación este fenómeno de emergencia de los corridos bélicos post “guerra contra las drogas” en México, con un proceso similar ocurrido en Chile, cuando cobra repercusión el *narcotrap* luego de las revueltas de 2019 en Plaza Dignidad y la posterior represión y criminalización a los jóvenes que las protagonizaron (nos recuerda la autora que, según cifras oficiales, más de 400 jóvenes sufrieron mutilaciones oculares).

Más adelante, en el segundo capítulo Vásquez Mejías se centra en reconstruir lo que denomina “ritos de la narcocultura” (p. 67). Mediante un análisis comparativo de prácticas en Chile y México rastrea las conductas del “narcomundo” en torno a los códigos y jergas lingüísticas que usan (el *parlache* colombiano, bautizado como *narcoñol* en México e introducido al habla cotidiana por su masiva presencia en medios de comunicación); los tipos de funerales y mausoleos que construyen para sus deudos (ostentosos y privados en México, públicos en Chile); y las relaciones que establecen con las comunidades a las cuales pertenecen (en clave de “Robin Hood paisa” (p. 105), como fuera apodado en los años 90 Pablo Escobar). En este punto, el ensayo incurre en comparaciones de realidades y grados de presencia social del fenómeno de magnitudes sustancialmente diferentes, aunque esta nota metodológica se calibra recién en el apartado final.

Finalmente, en el tercer y últimocapítulo la autora repara en las fugas posibles de esa masculinidad hiperviolenta, a partir del análisis de los cultos populares asociados a los narcotraficantes como el de Jesús Malverde, el del Angelito Negro, o más popular en Sudamérica, el de la Santa Muerte; los cuales a su vez se transculturán o mixturan con tradiciones locales o devociones masivas como la de la guadalupana mexicana, o con santos oficiales como San Judas Tadeo o San Miguel de Arcángel. Otra fuga posible la lee en el rol de algunas pocas mujeres que ejercieron posiciones de liderazgos en las organizaciones criminales, como Amanda Huasaf en Chile o la mucho más reconocida Griselda Blanco en Colombia, desafiando así los roles estereotipados de género que las representan

exclusivamente como víctimas (mulas, buchonas, objetos sexuales o prostitutas).

En síntesis, el libro de Vásquez Mejías es un llamado de atención relevante en nuestras latitudes conosureñas, especialmente en pos de identificar cuáles pueden ser las motivaciones identitarias que impulsan a los varones jóvenes, pobres y marginalizados a sumar filas en el crimen organizado, cuando no, a ser también sus principales víctimas. Asimismo, echa luz sobre la excesiva espectacularización de la violencia que la industria cultural y los *massmedia* contribuyen a naturalizar y, en consecuencia, a despolitizar en tiempos de capitalismo tardío, cuando la ficción encubre perniciosamente lo real.

Referencias bibliográficas

Monsiváis, C. (2009) [1994]. *Los mil y un velorios. Crónica de la nota roja en México*. Asociación Nacional del Libro de México.